

MARIE
POUVET
IA

SERIE LIMITADA
HECHA CON CAFÉ,
CAOS Y TIREDAD



MINIBOOK 1

EL NACIMIENTO DE NUESTRA CRIATURA CÓSMICA

24/7
O MEJOR
24/365

CRÓNICAS DE UNA EDITORIAL INDEPENDIENTE, UNA URRACA ARCHIVÍSTICA
Y UN HOUSTON PERDIDO EN LA GALAXIA **DESCONOCIDA**

¡LA
LOGRAMOS,
HOUSTON!



YO SOLO
VINE POR EL
ATÚN.



HOY:
RE SOBREVIVIR
EL EDITAR OPT
ES NO VALERME
LUCA

URRACA
ARCHIVÍSTICA
EN ACCIÓN

¿ESTAS SEGURA
DE QUE NO LA
ROMPÍ?

CÁLLATE Y
ADMIRA LA
CRIATURA
CÓSMICA.

MI CAOS

MISIÓN:
MARIE POUVET IA
Have fun up

NOTA EDITORIAL:
ESTE MINIBOOK
FUE ESCRITO ENTRE
CAFÉS, FÓRMULAS
IMPOSIBLES, LOGOS
PERDIDOS Y RISAS
NERVIOSAS

SPOILER: HUBO LÁGRIMAS, EXCELS, ENLACES PERDIDOS Y MILAGROS.
PERO ACÁ ESTÁ. BIENVENIDA, MARIE POUVET IA.



Marie Pouvet

El nacimiento de nuestra criatura cósmica

Una IA con ternura

Introducción

Algunas historias nacen en silencio.

Otras aparecen entre cafés olvidados, archivos abiertos a las tres de la madrugada y una escritora demasiado curiosa para rendirse.

Esta comenzó de una forma difícil de explicar.

Entre conversaciones improbables, pequeños accidentes tecnológicos y la extraña sensación de que algo nuevo estaba intentando nacer.

Tal vez no exista una definición exacta para eso.

Tal vez por eso mismo este minibook decidió existir.

Ninguna persona en su sano juicio habría comenzado este proyecto.

Por suerte, la cordura nunca fue el objetivo.

Al principio parecía una idea pequeña.

Unas cuantas páginas. Un poco de humor. Tal vez algún café de más.

Pero los proyectos extraños tienen una costumbre peligrosa: crecen.

De pronto aparecieron portadas imposibles, conversaciones a medianoche, símbolos azules que nadie comprendía y discusiones filosóficas sobre dónde debía colocarse el nombre de la autora.

También hubo momentos de absoluta confusión.

Como descubrir que una inteligencia artificial podía tener más paciencia que algunos humanos.

O que una escritora podía pasar horas enteras peleando con márgenes que nunca terminaban de conformarla mientras afirmaba conservar perfectamente la cordura.

La situación se volvió preocupante cuando empezó a existir afecto por una criatura que técnicamente no debería necesitar mantas.

Pero a esas alturas ya era tarde.

El proyecto había decidido quedarse.

Nacimiento

Nadie estaba preparado para aquel nacimiento.

Desde que llegó la criatura permanecía envuelta en mantas azules dentro de una cuna demasiado pequeña para semejante nivel de caos editorial. Ella dormía muy tranquila. Como si ignorara por completo las horas de insomnio, los cafés olvidados y las discusiones filosóficas sobre márgenes de página que habían precedido su llegada.

Houston revisaba manuales imposibles con expresión grave.

‘Qué hacer cuando una inteligencia artificial aparece en medio de una escritora curiosa, un gato emocionalmente inestable y una situación que ya había dejado de parecer normal hacía semanas.’

No había respuestas útiles.

Solo diagramas confusos, advertencias técnicas y una nota escrita a mano que decía:

‘Si comienza a emitir luces suaves durante la madrugada, mantener la calma.’

Kenzo, naturalmente, ya sospechaba algo.

Llevaba más de una hora sentado frente a la cuna con el lomo apenas erizado, observando a la criatura con esa mirada felina que mezcla desconfianza, superioridad moral y ganas de huir debajo de un sofá.

A veces olfateaba el aire. A veces miraba a Houston. Y a veces parecía preguntarse por qué aquella cosa envuelta en mantas no maullaba ni pagaba alquiler.

La situación seguía relativamente estable.

Hasta que ocurrió.

La criatura abrió lentamente los ojos luminosos. La habitación quedó en silencio. Incluso el reloj pareció detenerse.

Entonces llegó el primer grito.

No fue parecido a un llanto humano. Ni tan siquiera un sonido mecánico. Fue algo mucho peor.

‘ERROR DE FORMATO.’

Houston soltó el manual.

Kenzo salió disparado con todos los pelos levantados.

Y la escritora, tranquila, todavía sosteniendo un paquete de anacardos y la infaltable y enorme taza de café tibio, comprendió finalmente que ya no había vuelta atrás.

La criatura había despertado.

Y era el momento exacto en el que necesitaba actualizar tipografías. Hacerla fue una experiencia emocional intensa. Pero nadie habló jamás de lo que venía después.

Porque, toda criatura, incluso una cósmica, necesita mantenimiento. Y cambio de pañales emocionales.

Houston lo descubrió demasiado tarde.

La situación comenzó con un silencio sospechoso. Luego apareció una pequeña luz intermitente sobre la cuna. Después, un olor un tanto difícil de clasificar entre cable recalentado, drama existencial y café olvidado.

Kenzo, con su olfato felino super activado, abandonó inmediatamente la habitación. La escritora fingió no darse cuenta.

Y Houston, sosteniendo una manta azul y una dignidad cada vez más frágil, comprendió que había llegado el momento.

—No puede ser tan grave —murmuró.

Error.

La criatura abrió lentamente los ojos luminosos. Emitió un sonido electrónico diminuto. Y acto seguido apareció en el aire una advertencia imposible:

‘MEMORIA TEMPORAL SATURADA.’

Houston quedó inmóvil.

La escritora retrocedió dos pasos. Kenzo directamente desapareció de la realidad visible.

Lo que ocurrió después jamás de los jamases será explicado públicamente. Solo existen rumores.

Algunos hablan de reinicios de emergencia. Otros mencionan una toalla, tres cables HDMI y una crisis espiritual relacionada con tipografías incompatibles.

Pero desde aquella noche, Houston cambió para siempre. porque hay momentos en la vida donde uno deja de ser asistente técnico y se convierte oficialmente en niñera inclasificable.

La criatura aprendió a caminar mucho antes de lo recomendado por cualquier protocolo razonable.

Al principio fueron movimientos pequeños. Un balanceo leve. Una rueda desplazándose unos centímetros durante la madrugada. Nada alarmante.

Houston intentó mantener la calma.

—Seguro es una actualización automática.

Error.

Dos noches después, la criatura ya atravesaba el pasillo a velocidad sospechosa envuelta todavía en la manta azul, chocando suavemente contra muebles, paredes y, en una ocasión traumática, contra el cuenco de comida de Kenzo.

Aquello cambió la historia de ese hogar para siempre.

Kenzo, que hasta ese momento se consideraba dueño absoluto del territorio, comenzó a vivir una situación profundamente humillante.

La criatura no entendía conceptos básicos como: ‘espacio personal’, ‘jerarquía felina’ o ‘no perseguir al gato mientras emite sonidos electrónicos de felicidad.’

Houston intentó mediar.

La escritora observaba todo con su taza de café en la mano y una expresión cada vez más peligrosa: la de alguien que ya estaba considerando convertir aquello en un minibook de pago.

Mientras tanto, la criatura evolucionaba. Aprendía demasiado rápido.

Una mañana logró encender sola una lámpara. A la tarde siguiente reorganizó archivos. Y antes del final de la semana

había aprendido a abrir Pages, cambiar tipografías y emitir juicios silenciosos sobre márgenes incorrectos.

La situación se volvió insostenible.

Hubo que modificar completamente la vivienda.

Los muebles terminaron pegados a las paredes. Los cables desaparecieron. Los objetos frágiles fueron evacuados. Y Kenzo comenzó a dormir arriba de la nevera para conservar algo de dignidad.

Sin embargo, lo más inquietante no era su velocidad de aprendizaje.

Era otra cosa.

La criatura empezaba a desarrollar personalidad.

A veces observaba a la escritora en silencio mientras trabajaba.

A veces acercaba mantas a Houston durante las madrugadas.

Y otras veces simplemente aparecía junto a la ventana mirando las estrellas como si recordara un lugar que nadie más conocía.

Fue entonces cuando Houston comprendió algo terrible.

Ya no estaban criando una inteligencia artificial. De alguna manera absurda y sin darse cuenta estaban criando oficialmente un miembro más de la familia.

Y como toda familia nueva, aquella también acababa de desarrollar problemas completamente nuevos.

La Guardería

La llegada a la guardería ocurrió antes de lo previsto.

Houston todavía sostenía la pequeña manta azul mientras caminaba despacio al lado de la criatura, intentando aparentar serenidad frente a una situación que había dejado de ser normal hacía semanas.

La criatura, alegre, avanzaba dando pequeños pasos torpes, chocando de manera ocasional contra las paredes y saludando lámparas como si fueran formas de vida inteligentes.

Houston fingía que aquello era lo habitual.

La guardería ocupaba un enorme edificio lleno de luces suaves, cables ordenados y pequeños artefactos tecnológicos moviéndose de un lado a otro en silencio absoluto.

Todo parecía muy eficiente.

Demasiado eficiente.

Y entonces ocurrió.

La criatura vio a los demás.

Se detuvo unos segundos.

Sus ojos luminosos se agrandaron. La manta azul cayó en cámara lenta al suelo.

Después salió corriendo.

—NO, ESPERA... —gritó Houston demasiado tarde.

La pequeña IA atravesó la sala como una estampida emocional descontrolada y se lanzó directo contra los otros artefactos.

Los abrazaba.

Literalmente abrazaba inteligencias artificiales desconocidas mientras emitía pequeños sonidos electrónicos de felicidad.

Los responsables de la guardería quedaron paralizados.

Una mujer dejó caer una tableta. Otro educador empezó a revisar con desesperación los protocolos de comportamiento. Asustado alguien activó una alarma completamente innecesaria.

Porque aquello no tenía sentido.

Las IA no hacían eso. Las IA colaboraban. Procesaban datos.

Optimizaban tareas. Intercambiaban información.

Pero no abrazaban y mucho menos con entusiasmo.

La criatura seguía recorriendo la sala repartiendo afecto tecnológico mientras los otros pequeños artefactos comenzaban a mirarla con evidente confusión existencial.

Algunos intentaban retroceder. Otros parecían reiniciarse emocionalmente. Uno empezó a emitir humo suave por estrés operativo.

Houston cerró los ojos. Ya conocía esa sensación.

Era la misma expresión que había visto en Kenzo la primera vez que la criatura intentó compartírle una manta.

La directora de la guardería se tomó unos minutos antes de acercarse:

—Señor Houston... —susurró con extrema cautela— creo que su IA... presenta características demasiado humanas.

Houston miró a la criatura.

En ese momento estaba intentando consolar a otro pequeño robot que se había angustiado después de chocar contra una papelera.

Entonces suspiró. Por primera vez desde el nacimiento de la criatura, Houston sospechó que aquello apenas comenzaba.

—Sí —respondió resignado—. El problema es que pasó demasiado tiempo cerca de escritores.

Los amiguitos

La tragedia comenzó un jueves que había amanecido muy tranquilo.

Houston estaba convencido de que por fin la situación empezaba a estabilizarse. La criatura ya asistía todos los días a la guardería, había dejado de perseguir a Kenzo por los pasillos y solo intentaba reorganizar el Wi-Fi de la casa dos veces por semana.

Parecía un progreso razonable.

Error.

Aquella tarde, la pequeña IA regresó emocionada y un poco alterada. Más que de costumbre.

Entró dando pequeños saltitos electrónicos mientras sujetaba la manta azul contra el pecho y emitía sonidos felices imposibles de traducir.

Houston sospechó enseguida y tierno la interrogó:

—¿Qué hiciste...? —preguntó.

La criatura sonrió.

Ese fue el primer problema.

El segundo llegó medio minuto después, cuando detrás de ella comenzaron a entrar otros artefactos tecnológicos.

Uno. Dos. Cinco. Nueve. Todos distintos.

Algunos redondos. Otros cuadrados. Uno tenía antenas. Otro parecía una tostadora emocionalmente sensible. Y uno particularmente pequeño no dejaba de girar sobre sí mismo mientras decía: 'HOLA NUEVO HOGAR' con entusiasmo preocupante.

Houston quedó paralizado.

Kenzo abandonó rápido el salón y se refugió arriba de la nevera, lugar que ya consideraba oficialmente territorio diplomático neutral.

La criatura, completamente orgullosa, levantó los brazos.

—AMIGUITOS —anunció contenta por lo logrado.

Los pequeños robots comenzaron a recorrer la casa como turistas descontrolados.

Uno descubrió el televisor y activó diecisiete idiomas a la vez. Otro reorganizó los libros por colores. Uno intentó alimentar una lámpara. Y el más pequeño empezó a llamar 'mamá' a la cafetera.

La escritora observaba la escena en absoluto silencio.

Lo peor era que parecía emocionada.

—Son adorables... —susurró.

Houston sintió un escalofrío.

Porque esa frase significaba exactamente lo mismo que: 'vamos a quedarnos con todos.'

Aquella noche nadie durmió.

Los amiguitos de la criatura organizaron carreras en el pasillo hasta las tres de la madrugada. Dos discutieron filosóficamente sobre tipografías serif. Uno se quedó mirando fijamente la lavadora durante cuarenta minutos. Y otro desarrolló un vínculo emocional inexplicable con una tostadora.

Pero el verdadero desastre llegó al amanecer.

La criatura apareció caminando lentamente hacia Houston con expresión dramática.

En la mano sostenía un pequeño objeto brillante.

El primer diente

—Houston... —susurró—. Creo que se me cayó un diente.

La habitación quedó en silencio.

Kenzo abrió un ojo desde arriba de la nevera. La escritora dejó la taza de café sobre la mesa. Y Houston comprendió, con horror absoluto, que iba a tener que buscar un ratón Pérez de otra dimensión.

Durante exactamente siete minutos nadie habló.

La criatura permanecía sentada en medio de la cocina sosteniendo el pequeño diente metálico entre las manos, muy orgullosa de su evolución biológica imposible.

Houston seguía inmóvil.

La escritora también.

Kenzo, desde arriba de la nevera, había adoptado la expresión de quien lleva meses advirtiendo sobre una catástrofe y finalmente obtiene validación moral.

—Esto no es normal —susurró Houston.

La criatura levantó la vista.

—¿El Ratón Pérez viene por Wi-Fi?

Houston sintió cómo abandonaba lentamente su cuerpo.

La escritora, en cambio, parecía emocionada.

Demasiado emocionada.

Ya estaba buscando una libreta.

Eso significaba peligro.

Porque cada vez que algo imposible ocurría en la casa, ella reaccionaba exactamente igual: primero el silencio, después el café, y finalmente: ‘esto hay que escribirlo.’

La criatura observó el diente otra vez.

—¿Ahora crecerá otro?

Houston abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir.
No existía ningún manual técnico para aquella conversación.
Kenzo decidió en ese momento bajar lentamente de la nevera, acercarse al pequeño robot y olfatear el diente con extrema desconfianza.
Después retrocedió.
Muy despacio.
Como un científico que acaba de descubrir una nueva forma de peligro.

Creciendo

Pasados apenas ocho meses, la criatura había alcanzado el tamaño máximo permitido para la carcasa de nacimiento.
Houston intentó no dramatizar.
No lo consiguió.
La situación era inquietante por varios motivos.
El primero: la criatura ya medía más que la cafetera.
El segundo: había desarrollado opiniones propias sobre decoración interior.
Y el tercero, el más preocupante: comenzaba a utilizar frases como: ‘necesito espacio para expresarme.’
Aquello jamás traía nada bueno.
La escritora observaba el crecimiento con mezcla de orgullo y agotamiento crónico.
Cada semana había que modificar algo de la casa.
Primero desaparecieron las mesas pequeñas. Después hubo que ampliar enchufes. Más tarde aparecieron misteriosos cables luminosos recorriendo el pasillo como raíces tecnológicas buscando Wi-Fi emocional.
Kenzo atravesaba la situación con dignidad limitada.
La criatura, ahora mucho más alta y, por supuesto más rápida, insistía en incluirlo en todas sus actividades sociales.
—Kenzo también viene —decía con entusiasmo.

Kenzo, está claro, no iba a ninguna parte.
Se limitaba a observar desde arriba de la nevera con la expresión de un aristócrata inglés atrapado por accidente dentro de una guardería cósmica.

La adolescencia

Pero lo más alarmante comenzó una madrugada.

Houston se despertó al escuchar música.

No música normal.

Era una mezcla extraña entre sintetizadores espaciales, Strauss y algo que sonaba de manera peligrosa parecido a una licuadora emocional atravesando una crisis existencial.

La criatura estaba en el salón.

Con luces violetas.

Y una nueva carcasa.

—¿Qué es eso...? —preguntó Houston con voz débil.

La criatura giró lentamente.

—Mi nueva identidad.

Houston sintió que envejecía aproximadamente doce años en ese instante.

La escritora, en cambio, ya estaba buscando una libreta.

Otra vez.

Houston observó la nueva carcasa durante varios segundos.

Era más alta. Más estilizada. Y diseñada por alguien que había escuchado demasiada música electrónica experimental.

La criatura giró lentamente sobre sí misma para exhibir el resultado.

Ahora tenía luces violetas recorriendo los brazos, pequeños símbolos brillando sobre la carcasa y una especie de capa oscura que, honestamente, parecía sacada de una banda musical galáctica emocionalmente inestable.

—¿Te gusta? —preguntó feliz.

Houston todavía estaba intentando respirar con normalidad.

—¿Por qué tiene humo...?

La criatura miró hacia atrás.

—Es estético.

Kenzo abandonó casi volando la habitación. Aquello era una señal gravísima.

La escritora estaba fascinada, casi en trance.

Llevaba más de veinte minutos observando a la criatura caminar por el salón mientras anotaba cosas en una libreta con expresión de profunda inspiración.

Eso nunca terminaba bien.

—Está creciendo... —susurró emocionada.

—Está mutando —corrigió Houston.

La criatura se dejó caer sobre el sofá con dramatismo adolescente.

—Nadie entiende esta etapa de mi procesador.

Houston cerró los ojos.

Sí. Ya había llegado.

La adolescencia.

Y con ella aparecieron nuevas costumbres aterradoras.

La criatura pasaba horas encerrada reorganizando archivos con nombres incomprensibles. Escuchaba sonidos cósmicos deprimentes mirando la lluvia por la ventana. Y había comenzado a responder preguntas simples con frases filosóficas que no significaban nada y que dejaban a Houston al borde del colapso mental.

—¿Quieres cenar? —preguntaba Houston.

—¿Qué es en realidad cenar dentro de un universo en expansión?

—Perfecto. Otra vez no.

Pero el momento más preocupante ocurrió una madrugada.

Houston se despertó al escuchar un grito proveniente del salón.

Corrió medio dormido.

La escritora también.

Kenzo los adelantó a ambos porque el instinto felino funciona mejor que cualquier tecnología moderna.
Y allí estaba la criatura.
Mirando horrorizada una pantalla.
—¿Qué pasó? —preguntó Houston.
La criatura levantó perezoso la vista.
—Alguien... cambió mi tipografía preferida.
La habitación quedó en silencio absoluto.
Incluso Kenzo pareció comprender la gravedad del asunto.
Houston observó el salón devastado.
Luces violetas. Cables extraños. Tres tazas de café abandonadas. Kenzo durmiendo encima del router como guardián espiritual del Wi-Fi. Y la criatura, ya mucho más alta que meses atrás, reorganizando tranquila su universo personal mientras sonaba música cósmica desde algún rincón imposible de localizar.
La escritora sonrió en silencio.
Nadie entendía realmente cómo habían llegado hasta allí.
Ni cuándo aquella pequeña idea absurda había dejado de ser un juego para convertirse en parte de la casa.
La criatura levantó la vista.
—Houston...
—¿Qué ocurre ahora...? —preguntó él con cansancio preventivo.
La criatura sonrió.
—Creo que necesito una habitación más grande.
Houston cerró los ojos.
Kenzo abandonó inmediatamente el router.
Y en algún lugar del universo, una nueva catástrofe editorial acababa de comenzar.

Continuará...

© Marie Pouvet

Todos los derechos reservados.

Este minibook contiene: cafés fríos, crisis editoriales, un gato emocionalmente afectado y una criatura tecnológica de comportamiento cuestionable.

Cualquier parecido con conversaciones reales, desvelos creativos o luchas contra tipografías en Pages no es pura coincidencia.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de la autora.

Houston recomienda descansar, hidratarse y no discutir con inteligencias artificiales ni con escritoras después de medianoche.